

Julieta prosiguió de este modo :

—La verdad es que él me amaba de veras, y me amaba sólo por mí; bien lo probó el tiempo. No menees la cabeza, Bustamante; Leoni es un cuerpo robusto, animado de un alma inmensa; todas las virtudes y todos los vicios, todas las pasiones culpables y santas hallan cabida en su corazón al mismo tiempo. Nadie ha querido juzgarle imparcialmente: bien lo decía él, yo sola le he conocido y le he hecho justicia. Su lenguaje era tan nuevo para mí, que me tenía como encantada; acaso la absoluta ignorancia en que yo había vivido de todo lo relativo á los misterios del corazón, hacía que me pareciese aquel lenguaje más delicioso y extraordinario de lo que hubiera parecido á una joven más experta; pero creo (y otras mujeres lo creen también) que ningún hombre en el mundo ha sentido y expresado el amor como Leoni. Superior á los otros hombres, así en el mal como en el bien, hablaba otra lengua, tenía otras miradas, tenía también otro corazón. Me acuerdo de haber oído decir á una francesa que un ramillete en la mano de Leoni tenía más perfume que en cualquiera otra, y lo mismo sucedía en todo; él daba lustre á las cosas más sencillas y rejuvenecía las menos nuevas; le rodeaba un prestigio al que ni podía ni deseaba sustraerme. Empecé, en fin, á amarle con toda mi alma. Desde aquel momento me sentí crecer á mis propios ojos. Ya fuese obra de Dios, de Leoni ó del amor, lo cierto es que se desarrolló un alma fuerte en mi débil cuerpo; cada día se revelaba á mi mente un mundo de pensamientos nuevos. Una palabra de Leoni hacía nacer en mí más sensaciones que los frívolos discursos que había yo oído antes en toda mi vida, y estos progresos míos le causaban á él alegría y orgullo. Quiso dárles nuevo impulso y me trajo libros, de los que sólo miró mi madre la cubierta dorada, el tafílete y las estampas; apenas hizo alto siquiera en los títulos de las obras que iban á trastornar mi cabeza y mi corazón. Eran sin embargo aquellas obras, hermosos y castos libros, casi todos escritos por mujeres sobre historias de mujeres: Valeria, Eugenia Rothelin, Mademoiselle de Clermont, Delfina. Aquellas apasionadas y patéticas lecturas, aquellos bosquejos de un mundo ideal para mí, elevaron mi alma, pero la abrasaron: me hice novelesca, que es el carácter más desgraciado que puede tener una mujer.

VI



RES meses habían bastado para esta mudanza; ya estaba á punto de efectuarse mi boda con Leoni. De todos los papeles que había prometido presentar, sólo habían llegado su fe de bautismo y su ejecutoria de nobleza; en cuanto á las pruebas de su opulencia, las había pedido á otro abogado, y como no llegaban, y esta dilación retardaba nuestro enlace, ya no conocían límites su pena y su despecho. Una mañana fué á vernos con aire desesperado; nos enseñó una carta sin sello que acababa de recibir por una ocasión particular, en la que le anunciaban que había muerto su apoderado, y que su sucesor, habiendo hallado todos los papeles en completo desorden, tenía que trabajar mucho para examinarlos, y necesitaba una ó dos semanas por lo menos antes de poder enviar á su Señoría los documentos que reclamaba. Aquel contra-tiempo tenía á Leoni furioso y desolado; estaba seguro, decía,

de morir de impaciencia antes del fin de aquel horrible plazo, y esto diciendo, se dejó caer sobre un sillón derramando un torrente de lágrimas.

¡No! aquellas lágrimas no eran fingidas;—no sonrías, Alejo!—Dile la mano para consolarle, la sentí bañada en su llanto, y herida en el mismo instante de una conmoción simpática, empecé también á sollozar amargamente.

Mi pobre madre no pudo soportar aquel doloroso espectáculo, y fué llorando á buscar á mi padre que estaba en su tienda.

—Es una odiosa tiranía, le dijo, trayéndole adonde estábamos nosotros.—¡Ved esos pobres muchachos! ¿Cómo podéis dilatar su felicidad, viendo lo que sufren? ¿Queréis matar á nuestra hija por respeto á una vana formalidad? ¿No llegarán lo mismo esos papeles, y no serán igualmente válidos ocho días después de la boda? ¿Qué teméis? ¿Tomáis á nuestro amado Leoni por un impostor? ¿No conocéis que vuestro empeño en tener las pruebas de su riqueza es injurioso para él, y cruel para Julieta?

Mi padre, aturdido por aquellas reconvenciones, y sobre todo por mis lágrimas, juró que nunca había pensado en llevar las cosas tan á punta de lanza, y que haría cuanto yo quisiera; dióme mil besos, y me habló como se habla á una criatura de seis años cuando se cede á sus caprichos para apaciguar sus gritos. Llegó en esto mi tía y me habló con menos mimo; hasta me dijo cosas que me ofendieron.—Una doncella honesta y bien criada, decía, no debía mostrar tanta impaciencia por pertenecer á un hombre.—Bien se conoce, la respondió mi madre, enteramente montada en cólera, que tú nunca has podido pertenecer á ninguno.—Mi padre no podía sufrir que se faltase al respeto á su hermana; púsose pues de su parte, é hizo observar que nuestra desesperación era una simpleza, y que ocho días pronto pasarían. Yo estaba mortalmente ofendida de la impaciencia que me atribuían, y procuraba contener mis lágrimas, pero las de Leoni ejercían sobre mí una influencia magnética, y no me era posible serenarme. Púsose él entonces en pie, los ojos húmedos de llanto, las mejillas encendidas, y con un tono de esperanza y de ternura, se dirigió á mi tía; cogió sus dos manos en una de las suyas, las de mi padre en la otra, y se echó á sus pies suplicándoles que

no se opusiesen por más tiempo á su felicidad. Sus ademanes, su acento, su rostro, tenían un poder irresistible; aquella era además la primera vez que mi pobre tía veía un hombre á sus pies. Todas las resistencias quedaron vencidas; ya se habían publicado las amonestaciones, todas las diligencias preparatorias estaban ya hechas, y el día de nuestra boda se fijó para la semana siguiente, sin hacer cuenta de los papeles que no llegaban.

El día siguiente era un martes de carnaval, en que debía dar Mr. Delpech un baile magnífico. Leoni nos había pedido que nos disfrazásemos de sultanas, para lo cual nos hizo un precioso dibujo á la aguada de los trajes que debíamos llevar, y que nuestras costureras copiaron con toda exactitud.



El terciopelo, el raso bordado, el cachemir, abundaban en nuestros vestidos; pero la cantidad y belleza de las pedrerías era lo que nos aseguraba un triunfo incontestable sobre todas las damas del baile. Casi todas las joyas de la tienda de mi padre se emplearon en nosotras; los rubíes, las esmeraldas, las turquesas rielaban en nuestros trajes; llevábamos randas y garzotas de brillantes, ramilletes admirables, engastados en piedras preciosas de todos colores; mi corpiño y hasta mis zapatos estaban bordados de perlas finas; un collar de estas perlas de extraordinaria hermosura me servía de cinturón y me caía hasta las rodillas. Llevábamos grandes pipas y puñales guarnecidos de amatistas, ópalos y granates;—mi traje completo valía lo menos millón y medio de reales.

Leoni se presentó con nosotras con un magnífico traje de turco; estaba tan galán y tan majestuoso con aquel disfraz, que la gente se subía encima de las sillas para vernos pasar. Mi corazón latía con violencia, mi orgullo rayaba ya en delirio. Lo que menos me ocupaba era mi traje; la hermosura de Leoni, su esplendor, su superioridad sobre todos los demás, la especie de culto que le tributaban... y pensar que todo aquello era mío, que todo aquello estaba á mis pies! Bastante era para trastornar una cabeza menos joven que la mía. Aquel fué el último día de mi esplendor! Oh! ¡á costa de cuánta miseria y abyección he pagado después aquellos vanos triunfos! Mi tía iba vestida de judía, y nos seguía llevando en las manos abanicos y pebetes de perfumes; Leoni, que quería conquistar su amistad, había compuesto su traje con tanto artificio, que casi iba poetizado el carácter de su fisonomía grave y marchita. Ella también estaba entusiasmada, la pobre Ágata! ¿Á qué se reduce la razón de las mujeres?

Dos ó tres horas hacía que estábamos en el baile; mi madre bailaba, y mi tía estaba en conversación con las venerables damas que componen lo que se llama en Francia la tapicería de un baile. Leoni estaba sentado junto á mí, y me hablaba en voz baja con una pasión, de la que cada palabra suya comunicaba una chispa á mi sangre. De pronto, espiró la voz en sus labios; quedó pálido como un difunto, y le ví consternado como si se le hubiera aparecido un espectro.

Seguí la dirección de su delirante mirada, y ví á algunos pasos de donde nosotros estábamos una persona cuyo aspecto á mí también me fué desagradable; era éste un joven llamado Henryet, que había pedido mi mano el año anterior. Aunque era rico y de buena familia, mi madre no le había creído digno de mí, y le había dado una respuesta negativa, pretextando mi mucha juventud; pero al principio del año siguiente renovó con empeño su solicitud, y aun corrieron voces por el pueblo de que estaba perdido de amores por mí, cosa en que no me digné reparar, y mi madre, que le tenía por hombre de poco más ó menos, puso fin á sus pretensiones con una franqueza algo brusca, de lo que manifestó más dolor que despecho: inmediatamente se puso en camino para París. Desde entonces mi tía y mis amigas me habían hecho

algunas reconvenções sobre mi indiferencia para con él, porque era, según decían, un excelente joven, de una instrucción sólida y de un carácter muy noble; aquellas reconvenções, sin embargo, me cansaban de veras.

Su inesperada aparición en medio de la felicidad que me halagaba al lado de Leoni me fué desagradable, y me pareció una especie de nueva reconvenção; volví la cabeza y aparenté que no le veía; pero no pude menos de observar la extraña mirada que lanzó á Leoni. Apretó éste mi brazo de repente, y me suplicó que fuése con él á tomar un helado en una pieza inmediata, añadiendo que le incomodaba el calor y le hacía sufrir de los nervios; yo le creí, y consideré la mirada de Henryet como la expresión de sus celos. Pasamos á una galería donde había poca gente, y en la que estuve un rato con Leoni, apoyada en su brazo. Estaba agitado, pensativo; le pregunté qué tenía, y me respondió que aquello no era nada, que se sentía un poco indispuerto.

Empezaba ya á tranquilizarme, cuando advertí que Henryet nos seguía. No pude menos de manifestar á Leoni el disgusto que me causaba aquella circunstancia.

—Á fe mía—le dije en voz baja—que ese hombre nos sigue como un remordimiento. Casi estoy por dudar que sea en efecto un hombre, pues más parece un alma en pena que vuelve del otro mundo.

—¿Qué hombre?—respondió Leoni estremeciéndose.—¿Cómo se llama? ¿Dónde está? ¿Qué nos quiere? ¿Le conoces por ventura?

Díjeme en pocas palabras todo lo que había sucedido, y le pedí que hiciese como que no reparaba en la ridícula tenacidad de Henryet; pero Leoni no me respondió; sólo noté que su mano, con que tenía asida la mía, se ponía helada como la muerte, un temblor convulsivo corrió por todo su cuerpo, y creí que iba á desmayarse; pero todo aquello fué cosa de un momento.

—Sufro terriblemente de los nervios—me dijo;—creo que voy á tener necesidad de ir á acostarme. Me quema la frente; este turbante pesa lo menos cien libras.

—¡Oh!—exclamé—si te vas ya, esta noche va á parecerme eterna y este baile insoportable. Prueba primero á ver si puedes descansar un poco en una pieza más retirada; te qui-

tarás el turbante, y pediremos algunas gotas de éter que te calmen la agitación de los nervios.

—¡Sí, tienes razón, Julieta mía, ángel de mi vida, hermosa mía! Al fin de la galería hay un gabinetito donde probablemente estaremos solos; un instante de descanso me aliviará.

Esto diciendo, me llevó al gabinete con pasos precipitados; más que otra cosa, parecía que iba huyendo. Oí algunas pisadas que seguían las nuestras; volví la cabeza y vi á Henryet que se nos acercaba cada vez más, y que al parecer nos perseguía; creí realmente que se había vuelto loco. El terror que Leoni no podía ya disimular, acabó de poner en total confusión todas mis ideas; un temor supersticioso se apoderó de mí, mi sangre se heló en mis venas, y me fué imposible dar un paso más. En aquel momento nos alcanzó Henryet, y puso una mano que me pareció metálica sobre el hombro de Leoni; quedó éste como herido del rayo, y le hizo con la cabeza una señal afirmativa, como si hubiera adivinado una pregunta ó una orden en aquel espantoso silencio. Entonces se alejó Henryet, y me pareció que mis pies se desclavaban del suelo; tuve fuerzas para seguir á Leoni al gabinete, y caí desplomada sobre un sofá, tan pálida y tan consternada como él.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

VII



ERMANECIÓ algún tiempo así, y luego de pronto, echando el resto de sus fuerzas, se arrojó á mis pies:

—Julieta—me dijo—estoy perdido si no me amas con delirio.

—¡Cielos! ¿qué significa esto?— exclamé fuera de mí echándole los brazos al cuello.

—¡Y tú no me amas así!—prosiguió con angustia;— estoy perdido, ¿no es verdad?

—Te amo con todo mi corazón— exclamé llorando;—¿qué he de hacer para salvarte?

—¡Ah! tú nunca consentirás en ello —repuso profundamente abatido.—

¡Soy el más desgraciado de los hombres! Tú eres la única mujer á quien he amado en mi vida, Julieta... y en el momento de poseerte, te pierdo para siempre. ¡Alma mía, vida mía!... ¡Oh, ya no me queda más recurso que la muerte!

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—exclamé—¿no puedes hablar? ¿No puedes decirme lo que exiges de mí?

30733

—No, no puedo hablar—respondió;—un horrible secreto, un misterio espantoso pesa sobre mi vida entera, y nunca podré revelártelo. ¡Para amarme, para seguirme, para consolarme, sería preciso ser más que una mujer, más que un ángel tal vez!...

—¡Para amarte! ¡Para seguirte!—le dije.—¿No seré tu esposa dentro de algunos días? ¡Entonces, una sola palabra tuya, por grandes que sean mi dolor y el de mi familia, bastará para que yo te siga al fin del mundo si tú lo exiges!

—¿De veras, Julieta? ¿Será posible?—exclamó ciego de alegría.—¡Me seguirás! ¿Lo dejarás todo por mí?... ¡Pues bien! Si me amas hasta ese punto, estoy salvado; ¡partamos, partamos ahora mismo!...

—¡Cómo! ¿Estás en ti?—le dije.—¿Estamos ya casados por ventura?

—¡Nosotros no podemos casarnos jamás!—me respondió con voz ronca y breve.

Aquellas palabras me dejaron muda de asombro.

—Y si no quieres amarme, si no quieres huir conmigo—prosiguió—ya no me queda más que un partido que tomar: ¡el de matarme!

Pronunció Leoni estas palabras con tono tan resuelto, que no pude menos de estremecerme de pies á cabeza.

—Pero ¿qué sucede?—le dije;—¿es esto un sueño? ¿Qué puede impedir que nos casemos cuando todo está decidido, cuando ya te ha dado mi padre su palabra?...

—Una frase del hombre que está enamorado de ti y que puede impedir que seas mía.

—¡Yo le aborrezco y le desprecio!—exclamé.—¿Dónde está? ¿dónde está, que quiero hacerle conocer la infamia de esa villana obstinación, de esa venganza tan odiosa?... Pero ¿qué puede él contra ti, Leoni? ¿No eres tú tan superior á sus ataques que no baste una palabra tuya para reducirlos á la nada? ¿Tu virtud y tu honor no son puros como el oro? ¡Oh!... Ya creo adivinar... ¡estás arruinado! Los papeles que esperas no traerán más que malas nuevas; Henryet lo sabe y te amenaza con decirselo á mis padres. Su conducta es infame; pero nada temas; mis padres son buenos y adoran en mí; me echaré á sus pies, los amenazaré con meterme en un convento; tú les suplicarás también como ayer y los convencerás,

no lo dudes. ¿No soy yo bastante rica para los dos? Mi padre no querrá condenarme á morir de dolor, mi madre intercederá por mí... Los tres tendremos más influjo sobre él que mi tía para convencerle. Leoni, no te aflijas; esa circunstancia no puede separarnos; es imposible que nos separen. Si mis padres fueran avaros hasta ese punto, entonces sí que huiría contigo...

—¡Huyamos, huyamos al instante!—me dijo Leoni con voz sombría;—huyamos, porque serán inflexibles. Otro obstáculo hay además de mi ruina; una cosa infernal, Julieta mía, y que no puede decirse. ¿Eres buena, eres generosa? ¿Eres la mujer que se había creado mi imaginación y que yo creía haber hallado en ti? ¿Eres capaz de heroísmo? ¿Comprendes las grandes acciones, los inmensos sacrificios? ¡Veamos, veamos! Julieta, ¿eres una mujer amable y linda de quien voy á separarme con pena, ó eres un ángel que me ha enviado el Señor para libertarme de la desesperación? ¿Conoces tú cuánto es bello y sublime sacrificarse por un objeto amado? ¿No conmueve tu alma la idea de tener en tu mano la vida y la suerte de un hombre, y de consagrarte á ellas toda entera? ¡Ah! Si pudiéramos ponernos yo en tu situación, tú en la mía... ¡con qué placer, con qué delirio te inmolaría yo todos los afectos, todos los deberes!...

—¡Basta, Leoni!—le respondí.—Tus palabras trastornan mi razón. Piedad, Leoni, piedad para mi pobre madre, para mi padre, para mi honor. ¿Quieres perderme?...

—¡Ah! ¡en todo eso piensas!—exclamó.—¡Pero no piensas en mí! ¿Pesas el dolor de tus padres y no te dignas poner también el mío en la balanza? Tú no me amas...

Oculté mi rostro entre mis manos, invoqué á Dios, escuché los sollozos de Leoni... creí que iba á volverme loca.

—¡Pues bien! lo exiges—le interrumpí—y puedes hacerlo. Habla. Dime todo lo que quieras... fuerza será que yo te obedezca, porque, ¿no manejas tú mi voluntad y mi alma á mi albedrío?

—No podemos perder un solo instante—respondió Leoni:—es preciso que de aquí á una hora nos hayamos puesto en camino, ó tu fuga será imposible. Un enemigo encarnizado nos persigue, pero si tú quieres, podemos burlar su vigilancia. ¿Lo quieres? ¿Lo quieres?

Esto diciendo me estrechó con delirio entre sus brazos, mientras su pecho exhalaba hondos gritos de dolor; yo le respondí, sí, sin saber lo que decía.

—Pues bien, vuelve al instante al baile—me dijo—y no muestres la menor agitación; si te preguntan, di que te has sentido un poco indispuesta, pero no te dejes llevar á tu casa. Baila, si es preciso; sobre todo, si te habla Henryet, sé prudente; no le irrites; piensa que todavía por espacio de una hora mi suerte está en sus manos. De aquí á una hora volveré disfrazado con un dominó, en el que traeré esta cinta para que me conozcas. Tú me reconocerás, ¿no es verdad? Entonces me seguirás, y sobre todo procura estar serena, impasible. Esto es indispensable, Julieta; ¡piénsalo bien! ¿Te sientes con fuerzas para ello?

Púseme en pie, y tuve que comprimir con ambas manos los latidos de mi corazón; un ardor febril abrasaba mi frente y mi garganta, y me parecía que estaba soñando.

—¡Vamos, vamos, ánimo!—me dijo.

Y habiéndome dejado en el salón del baile, desapareció. Mi madre me andaba buscando; conocí de lejos su inquietud, y para evitar sus preguntas, acepté al instante un rigodón que me pidió no sé quién.

Bailé, y no sé cómo no caí muerta al fin del rigodón; ¡tales esfuerzos tuve que hacer sobre mí misma para sostenerme! Cuando volví á mi asiento, había salido ya mi madre á valsar; me había visto bailar, estaba tranquila, y no pensaba ya sino en divertirse lo más que podía. Mi tía, en vez de hacerme preguntas sobre mi ausencia, empezó á reñirme, de lo que me alegré mucho, porque así no tenía necesidad de mentir. Una de mis amigas me preguntó inquieta y asombrada qué tenía, y por qué estaba tan alterado mi semblante, á lo que respondí que acababa de darme un fuerte ataque de tos.

—Es preciso que descanses—me dijo—y que no bailes más.

Pero yo estaba decidida á evitar las miradas de mi madre, porque temía su inquietud, su ternura y mis propios remordimientos. Ví su pañuelo que había dejado sobre una silla, le cogí, le acerqué á mi rostro, y cubriéndome la boca con él, le devoré á besos convulsivos; mi amiga creyó que volvía á darme la tos, y aparenté en efecto que tosía. No sabía yo cómo llenar aquella hora fatal de la que apenas había pasado

la mitad; observó mi tía que yo estaba muy constipada, y aconsejó á mi madre que nos retiráramos; aquella amenaza me aterró, y acepté al punto la mano que me presentó un nuevo bailarín; pero cuando estuve en medio del salón, ví que me había comprometido para un vals. Como casi todas las señoritas solteras, yo no valsaba nunca en público; pero al reconocer al que ya me tenía en sus brazos, el siniestro semblante de Henryet, el terror me impidió retirarme, seguí su impulso, y aquel rápido movimiento, aquel insoportable mareo acabaron de trastornar mi cerebro. Preguntábame yo á mí misma si todo lo que pasaba en derredor mío no era una visión, si no estaba yo más bien tendida en mi cama, agitada por una horrible pesadilla, con calentura, que lanzada como una loca en medio de un vals, con un sér que me causaba horror.

Y luego me acordé de que Leoni iba á venir á buscarme. Miré á mi madre que, ligera y alegre, parecía volar en medio del círculo de los bailarines, y me dije que aquello era imposible; que yo no podía dejar así á mi pobre madre. Observé que Henryet me estrechaba entre sus brazos, que sus ojos devoraban mi rostro inclinado hacia el suyo, y estuve á punto de gritar y huir despavorida; pero me acordé de las palabras de Leoni: «¡Piensa que todavía por espacio de una hora, mi suerte está en sus manos!» y me resigné. Nos detuvimos un momento y me habló; pero no oí lo que me decía, y le respondí sonriendo con una expresión insensata: entonces sentí el roce de un dominó de tafetán en mis brazos y mis hombros desnudos, y no necesité volverme para reconocer la respiración casi imperceptible de Leoni. Pedí volver á mi asiento, y al cabo de un instante, Leoni, cubierto de un dominó negro, vino á ofrecerme la mano. Púseme al punto en pie y le seguí; atravesamos por entre el gentío, y evitamos no sé por qué milagro, las celosas miradas de Henryet y las de mi madre, que me buscaba de nuevo; la audacia con que pasé por medio de quinientos testigos para huir con Leoni, fué causa tal vez de que nadie reparara en ello. Atravesamos el gentío que llenaba el recibimiento; algunas personas que estaban en él poniéndose sus capas, nos reconocieron y se asombraron de verme bajar la escalera sin mi madre; pero aquellas personas se retiraban también y no debían llevar al

baile su observación. Luego que llegamos al patio, se precipitó Leoni llevándome consigo hacia una puertecilla lateral por la cual no pasaban los coches; anduvimos un rato precipitadamente por una calle obscura, luego se abrió una silla de posta, Leoni me metió en ella, me cubrió con una ancha capa forrada de pieles, me puso en la cabeza un gorro de camino, y en un abrir y cerrar de ojos, la casa iluminada de Mr. Delpech, la calle y la ciudad desaparecieron detrás de nosotros.

Veinticuatro horas corrimos á galope tendido sin hacer un movimiento para salir del carruaje: á cada posta, levantaba un poco Leoni la persiana, sacaba el brazo por ella, echaba á los postillones el triple de lo que les debía, retiraba el brazo á toda prisa, y cerraba la ventanilla. Ni un solo instante me aquejaron el cansancio ó la necesidad; yo no sabía lo que me pasaba; no podía verter una lágrima ni pronunciar una sola palabra; al mismo tiempo, parecía que ocupaba más á Leoni el temor de ser perseguido, que el triste estado de abatimiento y dolor en que yo me hallaba. Parámonos al fin cerca de una casa de campo, á corta distancia del camino real; llamamos á la puerta de un jardín, donde después de haberse hecho esperar largo rato, salió á abrirnos un criado. Eran las dos de la madrugada; llegó en fin regañando entre dientes y acercó su linterna al rostro de Leoni; pero no bien le hubo reconocido, cuando empezó el buen hombre á deshacerse en cumplimientos y disculpas por su tardanza, después de lo cual nos condujo á las habitaciones interiores, que me parecieron desiertas y mal amuebladas; sin embargo, me ofreció un cuarto bastante decente. En un momento encendió fuego en la chimenea, me preparó una cama y vino una mujer á desnudarme. Caí entonces en un estado de completa imbecilidad; pero cuando el calor de la chimenea me hubo reanimado un poco, advertí que estaba sólo con un peñador blanco y con los cabellos tendidos al lado de Leoni, que á decir verdad, ni siquiera hacía alto en ello, pues estaba ocupado exclusivamente en guardar en un cofre los ricos trajes, las perlas y los diamantes que nos cubrían pocos momentos antes. Aquellas joyas con que se engalanaba Leoni pertenecían casi todas á mi padre, pues queriendo mi madre que la riqueza de su traje no fuese en nada inferior á la de los nuestros, las había tomado en la tienda y se las había prestado

sin decir nada. Cuando ví todas aquellas riquezas amontonadas en un cofre, sentí una indecible vergüenza de la especie



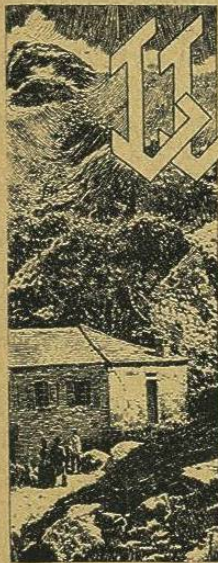
de robo que habíamos cometido, y dí gracias á Leoni porque pensaba en devolvérselas á mi familia. No sé lo que me respondió, porque todas mis ideas estaban entonces en la mayor

confusión; díjome enseguida que podía dormir cuatro horas, y me suplicó que me aprovechase de ellas sin zozobra ni dolor: dicho esto me dió un beso en la frente y se retiró.

No tuve ánimo para ir á aquella cama, y me dormí junto á la chimenea en un sillón. Á las seis de la mañana entraron á despertarme trayéndome chocolate y un traje completo de hombre: almorcé y me vestí con suma resignación. Vino en seguida Leoni á buscarme, y salimos antes del amanecer de aquel misterioso asilo del cual no he conocido jamás ni el nombre ni la situación exacta, ni el propietario, así como de otras muchas habitaciones de la misma especie que, durante el curso de nuestros viajes, se abrieron para nosotros á todas horas y en todos los países al solo nombre de Leoni.

Á medida que nos alejábamos de Bruselas, iba recobrando Leoni la serenidad de su porte y la ternura de su lenguaje. Sumisa y encadenada á su voluntad por una pasión ciega, era yo un instrumento cuyas cuerdas hacía él vibrar á merced de su capricho. Si estaba pensativo, yo estaba también melancólica; si estaba alegre, olvidaba yo todos mis pesares y mis amargos remordimientos para sonreír á sus impulsos de buen humor; si me hablaba apasionado, olvidaba yo el desorden de mi cerebro y el doloroso abatimiento de mi alma, y hallaba en mi profunda debilidad nuevas fuerzas para amarle y para repetirle que le amaba.

VIII



EGAMOS á Ginebra, donde no nos detuvimos más que lo absolutamente necesario para descansar; luego nos internamos en el fondo de la Suiza, donde perdimos todo temor de ser perseguidos y descubiertos. Desde el momento de nuestra fuga, no aspiraba Leoni más que á llegar conmigo á algún agreste y pacífico retiro y á pasar en él una dulce existencia de amor y de poesía en una eterna soledad. Realizóse por fin este delicioso sueño de ventura, cuando hallamos en uno de los valles del lago Mayor, una quequera de las más pintorescas y que estaba además en una situación admirable. Por poquísimos dinero la hicimos arreglar con toda especie de comodidades interiores, y la alquilamos á principios de Abril; en ella pasamos seis meses de una felicidad como la de los ángeles, y por la que toda mi vida daré gracias á Dios, aunque me la ha hecho pagar muy cara. Estábamos absolutamente solos y lejos de toda relación con la sociedad; toda nuestra servidumbre se reducía á dos